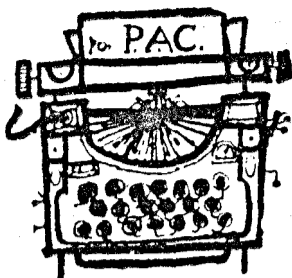


escrito a máquina

en defensa de:

La Academia De la Lengua Del Mercado



Coincidió la proyección de la película griega "ELECTRA" con el anuncio de que el Distrito Nacional legislará sobre lenguaje en el interior de los nuevos Mercados.

Quizás el mayor éxito de Cacoyannis es sumergir sus clásicos personajes (tomados de la obra de Eurípides) en el bajo pueblo de donde nacieron hace más de dos milenios. El coro griego era también "gente del mercado".

Ahora nosotros vamos a dictar etiqueta en el foco mismo de la expresión popular. Siempre he sentido horror por el puritanismo, y no sin alarma he visto cómo va aumentando entre nosotros día a día contra toda la tradición de nuestra raza y de nuestra cultura que ha producido como obras clásicas el "LIBRO DE BUEN AMOR" del Archipreste, "LA CELESTINA" ó el "QUIJOTE".

Mis colegas los periodistas cargan con la mayor responsabilidad en este aumento del puritanismo. Se les ha convertido en un placer de cacería el ataque cotidiano a los burdeles y a otros sitios que llaman escandalosos, que, por otra parte, visitan con más frecuencia que sus mismos ataques. Ha surgido una retórica del escándalo por las palabras, que no se tiene ante la calumnia. Es perseguida la "mala palabra" —que en realidad sólo es mala por convencionalismo— pero se usa hasta el crimen la "palabra mala", la que daña y hunde su puñal en la honra y fama del prójimo. El puritanismo es implacable con lo aparente. Pero benévolo con el daño esencial. Su gusto es encalar los sepulcros.

Ahora la corriente puritana llega a los Mercados. Tal vez me cueste la expulsión de la Academia que hoy —indignamente— presido, si cuento que, como Azorín, es en los mercados donde más he aprendido la gracia y el poder expresivo de mi lengua. Cuando quiero escribir un cuento o recabar energías para jugar con mi idioma —que insensiblemente se apergamina y entiesa en las prosas comprometidas del periodismo—, me doy una vuelta por el mercado. Estoy mucho más cerca de mis clásicos oyendo a la vendedora de cebollas del Mercado San Miguel que en tantos actos culturales donde, por oficio, debo someterme a los más sádicos suplicios de la cursilería.

¿Qué se pretende con esa nueva ley puritana? Según informan nuestros reporteros será penado por la ley proferir palabras indecorosas o indecentes, y quedarán prohibidas las discusiones sobre política o religión. Me gustaría saber quién va a ser ese Alcalde de vara y diccionario que levante proceso al que cargue de explosivos su lengua en momentos de exaltación o de cólera. Me gustaría saber cuáles son los temas que se pondrán en la selecta Mesa Redonda del Mercado para que la discusión o el diálogo corran por cauces legales. Y más aún me gustaría conocer el secreto engranaje legal que permite la libre expresión a diarios y radios y no al pueblo en su gran club popular que es el Mercado.

¿Se persigue la "pureza" de nuestra impura lengua? Recuerdo la frase de Feijó que exclamaba en el siglo XVIII: "¡Pureza! Antes se debería llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad!". ¿Cómo va a ser pura la lengua del Mercado si esa es la fuente creadora del idioma popular, el lugar donde se encuentran todas las corrientes más bajas y también las más valiosas de la expresión del pueblo, la gran olla donde se cuecen, en el vaho y calor de las discusiones y las cóleras, de las declaraciones y los piropos, de la barbaridad y de la delicadeza, el neologismo,

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

la metáfora cruda, el refrán nuevo, el insulto recién afilado, el apodo, la interjección apretada como un puño...?

Pero, sobre todo ¿no se penetra en la enorme injusticia que significa penar una palabra "indecorosa" para quien la dice con decoro? La conexión entre nuestros pensamientos y nuestras formas expresivas es un resultado de la educación. Una palabra fuerte, una palabra calumniosamente llamada "mala", es para la vendedora de cebollas la única que cabe para designar lo que está designando. Una de las características de nuestro pueblo es su falta de eufemismos y de rodeos para hablar. Su educación analfabeta lo empuja a decir la palabra precisa— aunque tiemblen los cimientos de la etiqueta convencional— aunque resulte que, para el oído alfabeto, esa palabra está vedada. No tenemos escuelas y queremos castigar en sus resultados nuestra falta de escuelas. Aquellos que no deben hablar de política porque se los prohíbe la Constitución, hablan de sobra y dan que hablar. En cambio al hombrecito que viene de la huerta, deseoso de echar su cuarto de espadas con el vecino de tramo, le estará vedado manifestar —sin pelos en la lengua— una opinión a lo mejor mucho más sabia que la de nuestros retóricos diputados.

A esta persecución del mal aparente es a lo que temo; no porque crea que van a matar la espontaneidad de nuestro pueblo en su habla, sino porque es un termómetro que nos marca una enfermedad creciente. Nos estamos convirtiendo en puritanos. La civilización nos está enseñando mañas y no virtudes. El mal no queremos tocarlo. Lo eludimos, o lo recubrimos con oro-peles. En cambio andamos fabricando purezas asépticas, higienes morales que sólo lograrán esconder por un rato la descomposición que tenemos por dentro.

PABLO ANTONIO CUADRA